

L.P. 28 de Abril 1956

Crónicas del Sur (VI)

El Perú Fuera del Perú

por *Sebastián Salazar Bondy*

Pocas cosas resultan más ingratas al peruano que visita el exterior, en especial los países latinoamericanos, que el desconocimiento y hasta el concepto deformado que fuera se tiene de su patria. Nunca los gobiernos se han preocupado de difundir más allá del territorio, los aspectos originales y positivos de nuestra nación en la errónea idea de que ese prestigio no interesa mayormente. Es más que penoso que en Europa o los Estados Unidos, nos tengan por una tribu de salvajes emplumados, pero es inexplicable que apenas transpuestas las fronteras se nos conciba como un lugar ignoto e inhospitalario en donde la vida no ofrece incentivos profundos. Aparte de dos o tres monumentos —que, por desgracia, no sabemos defender de la acción del tiempo—, el Perú constituye para muchas gentes un mundo cuyo pasado fue esplendoroso, pero cuyo presente es la cauda mortecina de aquella antigua gloria. Y aunque esto sea cierto en parte —es decir, aunque la vigencia histórica del Perú haya declinado tanto que hoy no ocupe él el puesto preponderante de los siglos pretéritos—, bien valdría la pena que se divulgara en todos los ámbitos los esfuerzos que aquí hombres y grupos llevan a cabo para encaminar al país por su senda hacia su meta.

No hay que olvidar que nuestro primer artículo de exportación hacia las principales capitales de nuestro continente, son los políticos desterrados. Generalmente se trata de individuos talentosos, de personalidades brillantes, que suelen destacarse prontamente en la actividad a la que se dedican, y ello contribuye a que se tenga la impresión colectiva de que el Perú no admite en su seno la capacidad y la inteligencia, puesto que la condena al ostracismo. De otra parte, un desterrado —y tengo en tal situación a muchos amigos por los cuales aliento, por sobre las diferencias ideológicas, una permanente solidaridad humana y espiritual— es alguien que, aunque íntimamente, posee un cierto resentimiento, y para quien la divergencia con el gobierno que lo extraña de su pueblo representa una carta de recomendación que es indispensable usar en beneficio personal. El extranjero que trata y conoce al desterrado no hace distinciones sutiles entre el autócrata que cometió la arbitrariedad y el país en cuyo poder se halla. O sea, no diferencia el Perú oficial del Perú real. De ahí que, a la postre, a los ojos del hombre común de fuera, nuestra patria sea, por ejemplo, el sitio en donde los ciudadanos que piensan libremente carecen de garantías, son aprensados sin consideración, sufren vejámenes en su persona y en sus bienes, padecen la pena del desarraigo y están condenados a no retornar al calor de su familia y su hogar. Lo dramático es que, en la opinión pública del exterior, el Perú actual es só-

lo esto. ¿Es necesario preguntar culpa de quién es tal fama infame? A nadie se le escapará que la responsabilidad de la situación le corresponde a quienes gobernaron y gobiernan nuestra patria.

Por otro lado, nada habla de lo que, a despecho de todo obstáculo oficial, las gentes peruanas hacen por superar la dificultad de una existencia amenazada y realizar una obra cabal. Nuestros pocos libros no salen, nuestras revistas no se leen, nuestras riquezas y encantos naturales no se difunden. Carecemos de una organización que haga conocer nuestro arte, nuestra industria e, inclusive nuestra cocina, tal vez porque nos ahoga un complejo que consiste en borrar de la fisonomía patria aquello que es diferencial para sustituirlo por elementos cosmopolitas, precisamente aquellos que a nadie con sensibilidad interesan por manidos y vacuos. Las representaciones diplomáticas —que tanto cuestan al presupuesto— son, salvo casos excepcionales, agentes de una frivolidad y una cortesía realmente inaceptables. Tenemos el triste privilegio de ser el país latinoamericano que más impedimentos reglamentarios pone al extranjero que quiere venir a pasear o establecerse entre nosotros, como si padeciéramos de superpoblación y no necesitáramos tanto de los ingresos del turismo cuanto de la contribución beneficiosa del hombre emprendedor.

Sin embargo, a pesar de tales inconvenientes en la imaginación del mundo el Perú continúa siendo el mito que las leyendas inmemoriales crearon. Y esa reserva no se agota. Hay tiempo todavía de que se aproveche esa herencia y se le dé un sentido. Para ello hace falta, sin duda, un cambio radical en nuestra organización: ante todo, necesitamos que lleguen al poder hombres cuyo amor a la patria se exprese en una honda consideración al derecho de todos los peruanos de vivir en el territorio nacional, cualesquiera que sean sus ideas con respecto a nuestro destino, y que piensen que la obra de un compatriota, sea rojo o amarillo, si es valiosa y sincera es esencialmente la obra de todo el Perú. Y hace falta también que, además de abrir las puertas del país a todo aquel que con buena voluntad quiere venir, el país mismo salga al encuentro del continente y el mundo para mostrar su disponibilidad hacia el mejoramiento de la humanidad, a cuyo porvenir está ligado. Porque, cuando ello suceda, ningún peruano que visite el exterior regresará con el amargo sabor en la boca de que pertenecé a un país desconocido o mal conocido como una vez más le ha sucedido a este cronista —ahora por generosa oportunidad brindada por la excelente compañía de aviación LAN— en unas cortas vacaciones en el Sur.